

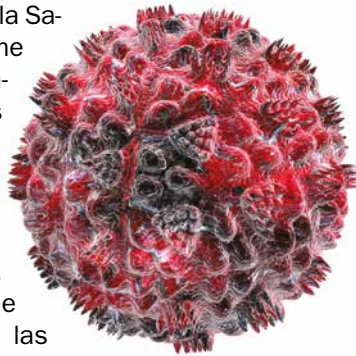
Resistencia del VIH a los antirretrovirales

La Organización Mundial de la Salud (OMS) emitió un informe según el cual está aumentando la resistencia del virus de inmunodeficiencia humana (VIH), causante del sida, a los medicamentos que se utilizan para controlarlo, los antirretrovirales.

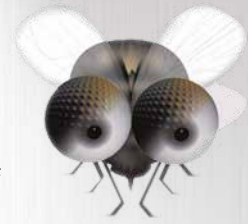
Especialistas de salud de 11 países llevaron a cabo las evaluaciones y resultó que en seis países se constató una resistencia mayor al 10% de los casos, es decir que más del 10% de las personas con VIH ya no responden a los tratamientos normales. Tres de esos países son latinoamericanos: en Nicaragua 19% de casos de VIH son resistentes a los antirretrovirales, en Guatemala 13% y en Argentina 10.9%. De México, Brasil y Colombia no se pudieron recabar datos suficientes. En el continente africano fueron Namibia, Uganda y Zimbabue los que tuvieron índices de resistencia mayores al 10%.

No se sabe con certeza cuáles son las causas de este incremento, pero Silvia Bertagnolio, de la Unidad de Tratamiento y Atención de VIH de la OMS, aseguró que deben estar relacionadas con personas portadoras del virus que abandonan el tratamiento o se medican de manera incorrecta, con frecuencia porque no tienen acceso a una atención sanitaria apropiada. El problema es enorme, si se toma en cuenta que estas personas pueden transmitir el virus resistente, lo que complica el control de esta enfermedad, pues aunque existen otros medicamentos, son mucho más costosos y escasos.

Probablemente se ha bajado un poco la guardia respecto al peligro de la epidemia, pero hay que recordar que cálculos recientes indican que en el mundo hay cerca de 37 millones de personas que viven con VIH y sólo cerca de 19.5 millones tuvieron acceso a los medicamentos en 2016. La OMS advierte que esta creciente amenaza podría socavar los progresos mundiales en el tratamiento y prevención de la infección por VIH si no se toman medidas efectivas.



ojodemosca
Por Martín Bonfil Olivera



La opción racional

Hasta hace no tanto, en la escuela se enseñaba que “el hombre es un animal racional”. Por “hombre”, claro, se entendía el género humano; y la racionalidad era el rasgo por excelencia que nos diferenciaba de los demás animales.

Hoy sabemos que, aunque no existe ninguna especie que presente el alto grado de pensamiento racional de que es capaz el *Homo sapiens*, sí existen muchos animales –simios y otros mamíferos, pero también aves y hasta moluscos, como los pulpos– que poseen inteligencias capaces de resolver problemas y comportarse de maneras que podrían definirse como bastante “racionales”.

Preocupantemente, en la cultura contemporánea permea cada vez más la extraña idea de que la racionalidad humana no es especialmente importante, y ni siquiera deseable. Se habla de que “no hay que ser *demasiado* racional”, y se defienden formas de pensamiento “no racionales” como si fueran incluso más valiosas que sus contrapartes basadas en la lógica, la argumentación rigurosa, la evidencia y la discusión constructiva.

Es cierto: no todo en la vida se puede entender de manera racional, ni el análisis razonado soluciona todos los problemas. Las emociones y sentimientos, el amor, las relaciones sociales con parientes, colegas, vecinos, compatriotas; el arte y sus infinitas derivaciones, donde el gusto subjetivo importa y mucho; las opciones de vida, desde el estilo en el vestir hasta la vocación que uno elige, son todos ejemplos donde las decisiones no pueden tomarse sólo con base en la racionalidad.

Pero ello no quiere decir que el pensamiento racional no forme, necesariamente, parte de esas decisiones, y no pueda aportar información utilísima para enriquecerlas.

Sin embargo, oyendo a muchos gurús de la autosuperación simplista, o a los promotores de ciertas variedades de pensamiento místico, parecería que nuestro lado racional es un enemigo interno contra el que habría que luchar cotidianamente, para silenciar su voz y “escuchar nuestras emociones” o nuestro “corazón”.

Quizá se trata simplemente de encontrar el balance justo entre razón e intuición; entre cerebro y emociones: Pero promover la idea de que el pensamiento racional es algo negativo u opcional es, además de falso, peligroso. Sin racionalidad, una sociedad democrática y justa, o la simple convivencia humana, serían imposibles. Basta imaginar una comunidad donde los conflictos no pudieran dirimirse apelando a la razón: ¿cómo podría decidirse qué es justo o injusto, legal o ilegal, correcto o incorrecto? ¿Con base en emociones o juicios subjetivos?

No, evidentemente. Sólo el pensamiento racional, con todas sus limitaciones, ofrece herramientas confiables para tomar decisiones que permitan una vida sensata y una convivencia sana y productiva.

El pensamiento racional no es una opción: es una inevitable necesidad.

